

Joaquín Trincado Pizarro
Pontificia Universidad Católica de Chile
jintrincado@uc.cl

¿Quién tira las piedras? Roles de género en las protestas contra la dictadura chilena (Santiago de Chile, 1983-1987)*

Who throws the stones? Gender roles in the protests against the chilean dictatorship (Santiago, 1983-1987)

Resumen

Esta investigación aborda las protestas contra la dictadura de Augusto Pinochet desde la óptica de la configuración de roles particulares para hombres y mujeres en dicho proceso. Se presentan las relaciones y tensiones entre estos roles y la clase social, el posicionamiento político frente a la violencia y las estrategias de los partidos de oposición al régimen, mayoritariamente masculinos. Basado en fuentes fotográficas, entrevistas y documentos, se bosqueja un cuadro de las actividades de politización y protesta en espacios de la ciudad de Santiago, como las poblaciones y universidades, los trabajos voluntarios y las organizaciones de iglesia, y la participación de hombres y/o mujeres en labores distintas, tensionando esos roles con las ideas sobre el género presentes en la sociedad.

Palabras claves: Género – Protestas – Violencia – Dictadura – Mujeres

Abstract

This research approaches the protests against the dictatorship of Augusto Pinochet in Chile, from the perspective of the gender role configuration for men and women within this process. The analysis approaches the tension and relationship between these roles and class, political placement about the use of violence and the mainly masculine opposition parties' strategies. Based on photographic material, personal interviews and documentation, a landscape of politicization and protest activities is drafted for the capital city of Santiago, including spaces such as urban slums and universities, volunteer work and

* Artículo de Investigación, realizado individualmente en el contexto de la Monografía de Licenciatura “Género y sexualidad en dictaduras y revoluciones latinoamericanas”, impartida en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile por la profesora Brandi Townsend el año 2017.

church organizations, always focusing in men's and women's different tasks, taking these roles into tension with the traditional gender ideas.

Keywords: Gender – Protest – Violence – Dictatorship – Women

Uno de los procesos más importantes vividos por el pueblo chileno en las últimas cuatro décadas han sido las protestas en contra de la dictadura cívico-militar encabezada por Augusto Pinochet, libradas principalmente en las grandes ciudades. El movimiento anti-dictatorial en Chile alcanzó una gran diversidad de manifestaciones y de actores sociales, abarcando políticamente desde la derecha liberal democrática hasta los sectores armados de la izquierda marxista, y, socialmente, desde los pobladores y pobladoras hasta sectores medios y medios-altos. La resistencia al régimen estuvo marcada por tres aspectos generales. Primero, la denuncia y una defensa frente a las violaciones a los derechos humanos (DD.HH.) perpetradas sistemáticamente por la dictadura hacia todo sector opositor o participante del gobierno derrocado de Salvador Allende – además de muchas víctimas sin participación política alguna. Segundo, las iniciativas de promoción popular de distintas entidades, sobre todo la Iglesia católica, orientadas a proteger a los más pobres del país, fuertemente afectados por el sistema neoliberal implantado por el régimen y por la crisis económica de 1982. Y tercero, las manifestaciones públicas en contra del régimen, desarrolladas en universidades, liceos, poblaciones y el centro de las grandes ciudades, por actores diversos y usando métodos muy distintos.

Lo que se ha llamado “transición a la democracia”, un proceso ocurrido en los distintos países iberoamericanos que sufrieron dictaduras militares, ha sido un tema recurrente en la ciencia política, incipiente en la historia política y muy poco abordado desde la historia social y popular, nicho al cual este artículo aspira a aportar. Dado que la oposición a la dictadura en Chile fue la gesta de todo un pueblo, con distintos actores, y que permite un acercamiento multifacético, con subjetividades y prácticas muy distintas, es importante preguntarse por los roles que cumplieron tanto hombres como mujeres en las protestas, puesto que la transformación económica y la crisis humanitaria produjeron papeles diferentes, por imposición y por resistencia, que dieron forma a muchas interacciones de hoy en día, y que nos han suscitado estas preguntas, no sólo en el sur del mundo, sino que también en otras latitudes.

El factor de diferencia elegido para este artículo en particular es el género, pero podría serlo también la clase o incluso la etnia, dada la diversidad de personas que lucharon contra el régimen que dominó Chile durante largos diecisiete años. Por ejemplo, existen trabajos que abordan la participación particular de jóvenes populares en las jornadas de protesta (Wienstein, 1989) y de los estudiantes secundarios (Bustos y Leiva, 2004). Este trabajo aborda la categoría del género buscando responder específicamente cuáles eran los roles que cumplían hombres y mujeres en las manifestaciones públicas y protestas urbanas contra la dictadura; qué ideas sobre el género producían esas diferencias; y qué imaginarios se construyeron en torno a los distintos roles desarrollados por los hombres y las mujeres. La investigación se enmarca en el periodo de las protestas más abiertas contra el régimen, años marcados por las “jornadas de protesta”, que

abarcaron desde 1983 hasta 1987. Se identifican las actividades realizadas principal o exclusivamente por mujeres u hombres en el contexto de las protestas y se relacionan los roles de género contruidos con los métodos de protesta usados por los manifestantes, es decir, todas las variantes de manifestaciones que se encuentran entre la no violencia activa de grupos como el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo (MCTSA) y la oposición armada. La categoría de protesta involucra, por tanto, la manifestación contraria al régimen, espontánea o preparada, pacífica o violenta, pero necesariamente se apoya en el conjunto de acciones conocidas como recomposición del tejido social, pero que para este artículo se tratarán como espacios o acciones de politización. La interacción entre este tipo de instancias previas a la protesta abierta se desarrolla también en el artículo, prestando atención siempre a los puntos que movilizaron a las personas a salir a la calle, y no tanto a la organización para la subsistencia en sí misma.

Este periodo ha sido de interés para la investigación social e histórica desde que se produjo esta “explosión de las mayorías”, como lo llamó uno de los primeros trabajos sobre el tema (Garcés y De la Maza, 1985). Actualmente se ha renovado el interés por este proceso histórico, siendo tratado en algunas tesis universitarias de historia, como la de Antonia Garcés (2011), el libro de Gatica (2017) y los trabajos de Bravo (2012 y 2017), autora del estudio más reciente y acabado sobre el tema.

Este artículo propone que las protestas produjeron roles diferenciados para hombres y mujeres, tanto en su preparación como en su ejecución, resaltando en la politización la labor de las mujeres y en el enfrentamiento con la policía la acción de los hombres. Estos roles fueron reflejo del orden patriarcal existente en Chile, pero también fueron provocados por la liberalización del sistema económico y la crisis de 1982.

Esta investigación utiliza tanto bibliografía sobre teoría de género, como referida al tema en cuestión. En primer lugar, se recoge la necesidad explicitada por Joan Scott de escribir la historia del género, utilizando este concepto como una categoría de análisis histórico. Así, este artículo no busca solamente estudiar la historia de las mujeres en las manifestaciones en contra de la dictadura, sino la creación de roles de género para hombres y mujeres, relacionándolos. Para Scott (2008), el género es “un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos, y el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder” (p. 65). En este trabajo, el análisis del discurso se pondrá en diálogo con las acciones e *inter-acciones* entre los sujetos históricos productores y receptores de discursos – para este caso, los manifestantes y opositores al régimen de Pinochet. En este sentido, se espera distinguir entre las prácticas configuradas por las ideas generalizadas en la sociedad patriarcal sobre el género, como el machismo y marianismo, y las prácticas en que es la condición material ya creada por diversos discursos y estructuras la que ha generado la conducta, o al menos, contribuido en mayor medida a la acción o reacción.

Se busca aportar en la discusión sobre el género en la organización contra la dictadura, la que se ha centrado más bien en la historia de las mujeres y su organización – feminista o no – en contra del régimen. Buenos ejemplos del avance que ha existido en este ámbito son los trabajos de Julieta Kirkwood (1986) y de Natacha Molina (1986), quienes relacionan la politización de la mujer con la experiencia de autoritarismo y capitalismo durante la dictadura, proponiendo su actuar como necesario para terminar con la misma. Además, existen investigaciones de historia oral como la recopilada en el documental *Calles Caminadas* (Largo y Qüense, 2006), que sistematiza el trabajo que distintas autoras han realizado desde 1990, como Valdés y Weinstein

(1993) y Gaviola, Largo y Palestro (1994), además de nuevos trabajos como el de Isabel Gross sobre las organizaciones de mujeres que han aportado en la reconstrucción de las memorias de lucha y organización femeninas.

Esto se suma a las múltiples iniciativas en varias universidades por escribir la historia de las mujeres y del género, de las cuales este artículo también es fruto. Para el caso del presente trabajo académico, las preguntas de investigación surgieron en el seno de un curso universitario de Historia de género, que con una perspectiva latinoamericana analizaba las interacciones entre las dictaduras y procesos revolucionarios de la región, y los conceptos de género y sexualidad. La investigación debe mucho a las discusiones de aquel curso y a la diversidad de fuentes con las que los integrantes trabajamos.

La investigación se realizó fundamentalmente revisando el fichero fotográfico del centro documental de la Fundación Vicaría de la Solidaridad, una riquísima colección de fotografías de la época que permite acceder a elementos simbólicos muy relevantes en las acciones directas de manifestación¹; también se revisaron publicaciones políticas de circulación popular, y se realizaron entrevistas a participantes de las protestas. Fueron entrevistadas tres mujeres y un hombre, dos de ellos militantes y dos no militantes de movimientos o partidos políticos. La amplia revisión de las fotografías permite identificar las formas de manifestación que eran protagonizadas por uno u otro sexo, además de diferenciar espacios de las manifestaciones, dialogando constantemente con la información económica del periodo y las fuentes orales. Todas las fuentes son referentes a la ciudad de Santiago de Chile, por lo que es un estudio parcial que se ubica en las manifestaciones más grandes, pero no las únicas que hubo en el periodo.

Para entrar en la materia de los roles de género, primero debemos acercarnos a cómo eran las protestas en contra de la dictadura en los años 80. La protesta requería una enorme preparación y para comprender dichos roles en las manifestaciones, es necesario entender cómo se gestaban éstas, desde el proceso de politización hasta la propaganda y preparación material de la protesta pública. Por este motivo, a continuación se revisan estos primeros aspectos que llevaban a la jornada de protesta como tal.

El proceso de generar conciencia en contra de la dictadura y de la necesidad de enfrentarse con ésta se dio principalmente entre los sectores populares urbanos. Las masivas violaciones a los DD.HH. generaron tanto descontento como terror en la población, reduciendo las posibilidades de organización y de tomar el espacio público. Fue la agudización del problema económico, generado por la transformación neoliberal de la economía del país y reforzado por la crisis económica de 1982, lo que empujó a las personas a salir a la calle en contra de la violencia y la miseria, que ahora eran no sólo masivas, sino un problema público en una sociedad sin espacio de debate permitido.

Pero esta apertura hacia la manifestación no fue un proceso automático y parejo en la sociedad, ya que “los proyectos de desarrollo económico impactan a hombres y mujeres de manera desigual” (Boserup. Citada en Tinsman, 2009, p.19). Esto por la distribución desigual de los empleos, tanto en la proporción de mujeres que trabajaban, como en el porcentaje que representaban dentro de los tipos de trabajo, aspectos económicos empapados de las ideas de roles de género “apropiados” y que influyeron en la organización.

¹ Todas las fotografías presentadas en este artículo pertenecen a este Centro Documental y sus derechos son propiedad de la Fundación Vicaría de la Solidaridad.

Boserup (1970) muestra que la participación económica de las mujeres latinoamericanas a fines de la década de 1960 se diferenciaba del resto del Tercer Mundo en una mayor presencia de mujeres como empleadas que como independientes (p.96) pero también en un alto porcentaje de mujeres trabajando en labores de servicio *no-modernas* – léase independientes o en servicios de asistencia a las labores productivas, como el aseo, alimentación y transporte (p.176-177). Esto, mezclado con una fuerte migración de mujeres jóvenes del campo a la ciudad en busca de empleos² y el crecimiento lento de la participación femenina en la fuerza de trabajo, más bien las marginaba de los procesos de modernización capitalista a los que eran sujetos los trabajadores hombres. Procesos que estaban siendo transformados, tanto por el proyecto socialista de la Unidad Popular como, luego de su drástica desaparición, en la transformación neoliberal de la dictadura cívico-militar.

Las medidas neoliberales de fines de los años 70 generaron transformaciones importantes, que se volvieron radicales con la agencia de la crisis en la década siguiente. Medidas que implicaron el cierre de muchas fábricas, despidos masivos, la drástica disminución de la ayuda social del Estado a los más postergados y la precarización laboral; en definitiva, la reconversión de la matriz productiva del país hacia los últimos años de la dictadura. La crisis económica de 1982 hizo patente la transformación e hizo públicas – crudamente palpables – las deficiencias del modelo. Las tasas de desempleo se dispararon a un 30%, y esto sólo en las cifras oficiales. Ante la falta de recursos en las familias, muchas mujeres salieron al mercado laboral, en empleos más o menos precarizados, pasando de un 27,6% de la fuerza laboral en 1976 a ser un 34,6% en 1985 (Chuchrik, 1994, p. 68). En este contexto, fueron mayoritariamente las mujeres quienes comenzaron a organizarse en las poblaciones urbanas para hacer frente a las dificultades económicas.

Las organizaciones de mujeres que se comenzaron a formar, partían muchas veces de la base de la subsistencia. Un boletín editado por el Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM, *Vamos Mujer*, 1983) ilustra con entrevistas la situación: “...esta olla es de los cesantes, hay muchos de la construcción y nosotras somos mujeres de obreros de la construcción y el motivo es que en todos los hogares no hay qué hacer [para comer]” (p.9).³ Se hacían talleres de capacitación para que las mujeres pudieran generar ingresos, donde voluntarios “enseñaban a hacer artesanía a las pobladoras, para que pudieran venderlas” (Pedro Ramírez, en adelante “Pedro”⁴), guarderías para que las mujeres pudieran salir a trabajar y diferentes instancias para resolver problemáticas concretas, como, por ejemplo

[...] el comprando juntos, que era una organización poblacional popular en que se reunían muchas familias, hacían un fondo común y compraban la harina por saco, o las papas por saco o el azúcar por bolsas de cinco kilos. Era más fácil hacer eso, era más conveniente que comprar en el almacén. (Pedro)

² Fenómeno que ha querido ilustrar la serie *Ramona* de Televisión Nacional de Chile, transmitida en 2017.

³ Las cursivas son mías.

⁴ Pedro Ramírez Pinto participó de la organización política en su liceo Valentín Letelier, su población en la comuna de Recoleta y más tarde en la Universidad Católica. Militante de la Izquierda Cristiana, participó del mundo de las protestas de forma activa.

La relevancia política de las ollas comunes y los espacios de subsistencia era patente: junto a las denuncias más elaboradas contra el cierre de fábricas y despidos masivos, el descontento por la represión en las poblaciones crecía y se iba expresando en las calles y los espacios comunes de los barrios populares. Sigue el boletín que acabamos de citar: “Después vino el allanamiento donde nos sacaron a los *viejos* a las dos-tres de la mañana a unas canchas que nosotros le pusimos campos de concentración que hicieron ahí agrupar a tantos hombres, niños y jóvenes.” (p.11)

Así, las pobladoras señalaban tajantemente que “esta olla no es caridad, no es materialismo ni nada, porque esta olla tiene su significado, porque es una protesta que tenemos *nosotras* contra la miseria que vivimos.” (p.10) Todas estas instancias, ya desde 1981, se veían desde la izquierda como resistencia al régimen dictatorial y su modelo económico, haciendo presente en las relaciones a pequeña escala la propuesta democrática y socialista, para que en estas formas de resistencia popular “se prefigure el proyecto político que anhelamos; lo democrático y nacional allí se haga creíble, que levante esperanza y fortaleza moral.” (Izquierda Cristiana, *Liberación*, 1981, p.28)

Para las propias pobladoras, la participación en estos espacios tenía múltiples dimensiones, que han sido analizadas por el trabajo de Valdés y Weinstein (1993): la subsistencia y satisfacción de necesidades materiales, al tiempo que también el encuentro con otras mujeres en la misma situación, configurando un “espacio afectivo”; el trabajo comunitario que daba la “posibilidad de tomar decisiones en el espacio público”; y la “canalización de la voluntad de cambio, de transformación”. (p. 186)

“Casi todas estas actividades hacían que más bien la mujer se relacionara con el mundo político”, por distintas razones (Pedro). Por un lado, los hombres estaban fuera durante el día, trabajando o buscando trabajo los desempleados, muchos de ellos en los programas de trabajo que implementaba el régimen, el plan de empleo mínimo (PEM) y el programa de ocupación para jefes de hogar (POJH), con miserables pagas y degradantes condiciones de trabajo. Por otra parte, dado el orden patriarcal de la sociedad chilena de aquel tiempo, era la mujer la encargada de velar por la organización del hogar, es decir, las compras, la preparación de comida, la subsistencia en general. Según Valdés y Weinstein (1993), las mujeres participantes de estos grupos no tenían empleos remunerados estables y muchas tenían experiencias anteriores en organización comunitaria (p.186), lo que se complementa con lo explicado anteriormente sobre marginación de las mujeres de la modernización económica (Boserup, 1970). Por estas ideas que ligaban la subsistencia doméstica a la mujer, para ese momento “las protestas masivas de mujeres populares hicieron difícil para los gobiernos militares levantar sus políticas económicas como exitosas” (Jaquette, 1994, p. 3)⁵.

Dada esta intersección entre la condición material de la precariedad económica y las prácticas sociales patriarcales existentes, “el comprando juntos principalmente le interesaba a la mujer”, (Pedro) así como también era importante, dada la desnutrición de muchos niños, el compartir recetas y explicar las propiedades de alimentos baratos y nutritivos (Angélica

⁵ Esta idea de que si las mujeres protestan por las dificultades económicas avergüenzan al gobierno en su papel de asegurar la subsistencia había sido utilizada por mujeres de clase alta para protestar en contra del gobierno de Salvador Allende. Ver Power (1997).

Hernández, en adelante “Angélica”⁶). En estos trabajos con mujeres pobladoras, aportaban numerosos jóvenes, tanto de los mismos sectores poblacionales como de otros más acomodados, que desarrollaban trabajos voluntarios. En estos trabajos, muchos ligados a la Iglesia católica, eran muchas más las mujeres que los hombres. “*Ellas* tenían mucha más llegada con las señoras. Nosotros [los hombres] levantábamos mediaguas, cosas así, pero el trabajo día a día era con mujeres” (Pedro). “La guardería la levantamos puras mujeres, nunca hombres. Pero típico que siempre se necesitaban hombres, cuando había que levantar el techo, arreglar algo, etc. Se llamaban hombres.” (Angélica) A partir de estas instancias comunitarias se iba difundiendo la idea de que había que manifestarse en contra de la dictadura. “Y esas señoras, pobladoras, iban a las protestas” (Pedro).



Imagen 1: Mujeres elaborando bolsas para el pan, en taller de arpilleras, Santiago.

Julieta Kirkwood (1986), al analizar la dictadura chilena, busca explicar las condiciones que llevaron a muchas mujeres al protagonismo en la lucha anti-dictatorial. Además de la condición de familiares de víctimas de la represión – que llevó a muchas valientes mujeres a la primera línea de denuncia contra el régimen – Kirkwood enfatiza la problemática económica de la crisis de 1982 y su relación con las mujeres:

⁶ Angélica Hernández participó como voluntaria en distintas organizaciones de subsistencia y promoción popular en la década de 1980. Participó activamente de las protestas desde el espacio universitario (Universidad de Santiago) y poblacional. No tenía una militancia política.

El modelo económico vigente ha impuesto el trabajo asalariado a las mujeres en número sin precedentes y en condiciones absolutamente negativas. Para la gran mayoría consiste en un sub-trabajo, generalmente doméstico (empleadas de servicio, lavado ajeno) o de venta ambulante de miseria [...] Por otra parte, el 80% de cesantía existente en las poblaciones obliga a las mujeres de esos sectores a asumir la condición de jefe de hogar (en cuanto proveedora económica) sin una readecuación de roles al interior de la familia. Padres, esposos e hijos cesantes colaboran poco o nada en el trabajo doméstico, que sigue siendo responsabilidad esencial y natural de la mujer. (Kirkwood, 1986, p. 42)

En otros procesos de protesta popular que pueden ser asimilables por su contexto represivo, además de reafirmar esto, se ha señalado la facilidad con que muchas mujeres mayores asumieron como propio el compromiso de sus hijos e hijas con el derrocamiento de la dictadura, (Randall, 1999, p. 61) lo que nos habla de la importancia del rol de la mujer en el espacio privado y la influencia de la que era investida en el imaginario respecto de los valores transmitidos en la sociedad, sobre todo en los casos de las dictaduras latinoamericanas, con la notable experiencia de las agrupaciones de familiares de víctimas. (Randall, 1999; Kaplan, 2004).

Ya en la preparación de la protesta, los activistas, militantes o no, se apoyaban en otras personas para realizar labores de propaganda, y, según las entrevistas, la mayoría de estas personas eran mujeres que facilitaban sus casas para esconder cosas necesarias, como panfletos, lienzos, pinturas, neumáticos, etc. “Se guardaban cosas en ciertos puntos y desde esos puntos se irradiaba, se pintaba en tres o cuatro cuadras a la redonda.” (Pedro) No obstante, quienes salían a rayar paredes o en los asientos de las micros, o quienes ponían los panfletos en el techo de los buses para que volaran, “éramos hombres y mujeres, sin distinción por género” (Pedro). También muchas mujeres se posicionaron como dirigentes en la época, sobre todo en la organización estudiantil secundaria. Señala Pedro, a partir de su experiencia en el Frente Unitario de Estudiantes Democráticos (FUDEM):

Había mucha gente que participó ahí y la jefatura la tenía una mujer. [...] A ese nivel, de estudiantes secundarios, el tema de participación en términos de género era absolutamente equitativo, incluso yo te diría que muchas veces eran más las mujeres con más responsabilidad que los hombres en la organización.

Vemos lo importante que es todo el proceso que desemboca en la protesta, y cómo en él se ve una clara diferencia entre la participación activa de las mujeres, tanto en la organización popular que da base social a la protesta, como en las tareas necesarias para llevar a cabo una acción opositora en el contexto de la represión. Las manifestaciones se convocaban de manera oficial por un gran espectro de organizaciones, desde la Democracia Cristiana hasta partidos que tenían sus propios aparatos militares, y consistían en que la gente se concentrara en un lugar del centro de la ciudad para hacer un acto no violento con un contenido político no necesariamente tan explícito o frontal: “Vamos a hacer una marcha y a cantar, qué sé yo... ‘Gracias a la vida’, ponte tú. (...) Y se le pedía a todo el mundo que en su lugar de trabajo o en su lugar de estudio, a las 12 del día, estuviese haciendo lo que estuviese haciendo, se cantara Gracias a la vida.” (Pedro) Aquel acto público normalmente fracasaba por la represión, por lo que los manifestantes se

disgregaban por el centro de la ciudad, reuniéndose en pequeños grupos en las esquinas gritando consignas, cantando o repartiendo panfletos.



Imagen 2: Acto no violento en contexto de una jornada de protesta. *Sit-in* mayoritariamente masculino y juvenil. Santiago, marzo 1984.

No obstante, las protestas que se realizaban luego en las poblaciones eran mucho más fuertes. En primer lugar, porque “se metía toda la gente, toda la población, hasta los niños.” (Angélica) Y, en segundo lugar, porque en las poblaciones existía un enfrentamiento más duro con la policía, motivado no sólo por la mayor organización territorial, sino porque la represión caía con mucha más fuerza sobre los sectores populares, disparando y usando vehículos blindados como las tanquetas.

En este punto era importante el rol que tenía la violencia callejera para la manifestación. El enfrentamiento con la policía del régimen no era visto como una confrontación esencial en sí misma, sino que era un modo de evitar que la represión fuera hacia las personas que querían manifestarse de forma pacífica. Por tanto, se formaban grupos mayoritariamente de hombres jóvenes que generaban un punto de conflicto y trataban de mantenerlo el mayor tiempo posible, desviando la represión hacia ellos.

Eso hacía que en la población, adentro, se quemaban neumáticos y parecía un día feriado. Por eso andaban hartos niños dando vueltas, porque el enfrentamiento no estaba ahí, estaba tres, cuatro cuadras antes, donde un componente insurreccional levantaba una barricada y detenía a la fuerza policial. Eso permitía que otros compañeros, dentro de la población organizaran marchas, *mitines*, etc. Entonces en la

población se vivía una especie de, entre comillas, de territorio libre por el que se marchaba con banderas, lienzos, la gente salía a la calle, se tocaban las cacerolas. Y era casi una fiesta. Pero llegaba el momento en que Carabineros ya entraba en la población. (Pedro)

Así, mientras eran más mujeres las que reunían el material para las barricadas, eran los hombres los que llevaban a cabo el enfrentamiento: “en el choque de la protesta, ahí siempre habían más hombres. Por un tema también de estado físico, de fuerza. Nosotras todas las chiquillas juntábamos piedras en un lugar para que los chiquillos las tiraran.” (Angélica) “Entonces hasta la puerta de la universidad, participaban muchas mujeres. [...] Pero los que salían a la calle y estaban en la barricada, exponiéndose a que le llegara una bala, eran hombres” (Pedro).

Vemos entonces una segunda diferencia en los roles de género contruidos en las protestas. Dentro de la población las mujeres tomaban protagonismo, por ser ellas las que estaban más organizadas en términos territoriales, mientras que los hombres, sobre todo jóvenes, se encontraban en el perímetro, en estos dispositivos insurreccionales. En el material fotográfico se refuerza esta idea, mostrando muchas fotos de mujeres, niños y niñas en torno a fogatas y barricadas al interior de las poblaciones, pero no en el enfrentamiento directo. En todo caso, esta diferencia debe ser matizada, puesto que, según los entrevistados, también participaban mujeres en el enfrentamiento, pero éstas eran sobre todo militantes comunistas y socialistas-Almeyda⁷. A estos partidos y a la Izquierda Cristiana, debe sumarse la participación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Movimiento Juvenil Lautaro, también relevantes en el enfrentamiento directo, pero que no fueron destacados por las fuentes consultadas en términos de participación femenina. Queda abierta la pregunta sobre este problema en relación a la multiplicidad de partidos y movimientos participantes.

⁷ El Partido Socialista se dividió en distintas facciones durante la clandestinidad y eran identificadas por su líder más destacado. En este caso, se trata del Partido Socialista en el que era referente Clodomiro Almeyda.



Imagen 3: La idea de territorio liberado: Mujeres y niños en protesta al interior de una población, Santiago, marzo 1984.



Imagen 4: Grupo de hombres en uno de los puntos de resistencia en la población La Victoria, 1983.

Explicada la dinámica de las protestas, que puede revisarse en detalle en las obras citadas de Garcés y Weinstein (1985) y de Bravo (2017), analizaremos ahora otros aspectos en que el género aparece como una categoría importante que diferenciaba ciertos elementos en la oposición. Uno de ellos era la convocatoria. Basados en las entrevistas y la revisión del material fotográfico, podemos distinguir que las manifestaciones eran convocadas por distintos organismos de la oposición: el Comando Nacional de Trabajadores, la Asamblea de la Civilidad, organizaciones de defensa de los DD.HH., colectivos poblacionales, etc. Y, dada la capacidad de reunión en un régimen autoritario y represivo, las convocatorias tenían un rango limitado y, a veces sin quererlo, selectivo.

Como dice una entrevistada, miembro de la organización Mujeres por la Vida, “la convocatoria era mucho de boca a boca. Digamos que la red funcionaba; el boca a boca funcionaba. Y salían panfletos. Pero ponte tú las “Mujeres por la Vida”, bastaba decir ‘mujeres por la vida’ y salían miles de mujeres.” (Carmen Gloria Briceño, en adelante “Carmen”⁸) Los panfletos cumplían un rol secundario, “porque tú no sabías qué gente iba a llegar” (Carmen). Por este motivo, si bien la mayoría de las manifestaciones congregaban a hombres y mujeres en proporciones similares, había manifestaciones a las que asistían muy mayoritariamente hombres, o casi sólo mujeres, lo cual estaba influenciado por quién convocaba a la manifestación. Si era, por ejemplo, una organización de trabajadores industriales, la mayoría de los asistentes eran hombres. Si, en otro caso, la convocatoria la hacía una organización de mujeres de oposición, las mujeres se sentían mucho más llamadas a participar, mientras que los hombres tendían a restarse. Es importante señalar que el fenómeno de no ir a las manifestaciones en las que había mayoría de un género puede ser atribuido a muchos factores, entre los cuales podría haber ideas sobre género que prefieran mantener un espacio segregado, pero no hay evidencia de esto.

⁸ Carmen Gloria Briceño formó parte del movimiento Mujeres por la Vida. Desde una posición política de centro, la Democracia Cristiana, participó en las organizaciones populares de subsistencia y promoción popular, participando más activamente de las protestas realizadas por esta organización de Mujeres anti-dictadura.

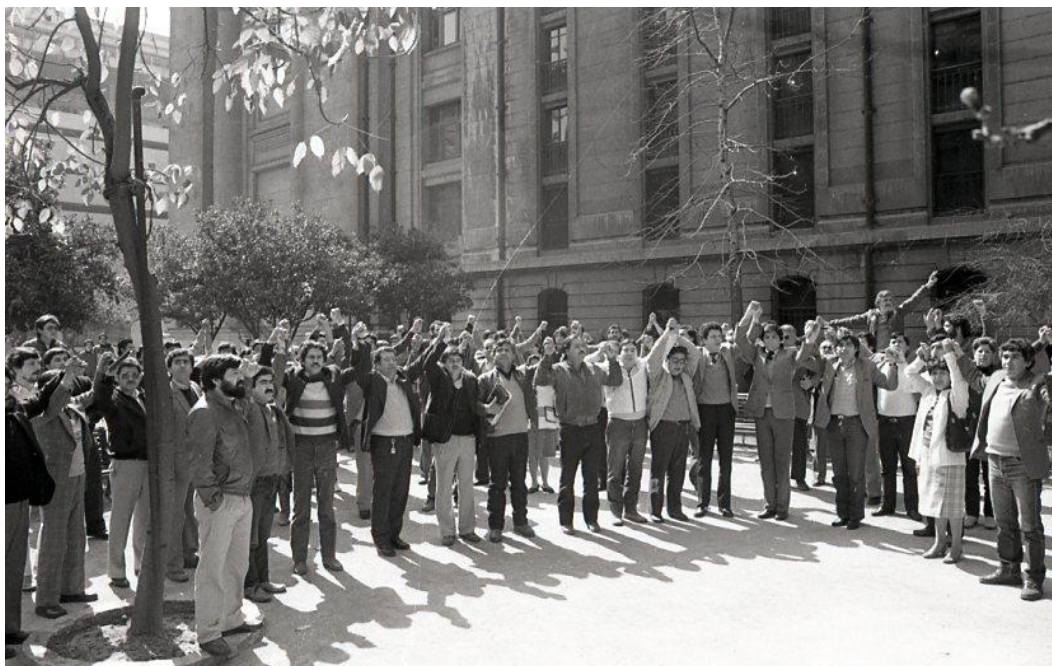


Imagen 5: Manifestación mayoritariamente masculina. Centro de Santiago, 1985.

Sin embargo, existía una idea generalizada entre los opositores, organizados en movimientos y agrupaciones o no, sobre la importancia que tenía la cantidad de manifestantes en las protestas para que éstas fueran efectivas. “Íbamos todas porque sabíamos que el número era importante. Tenías que llegar, sobre todo para las fotos, éramos muy puntuales en ese tiempo.” (Angélica) La idea de tener que estar presente era muy fuerte, conociendo todos los horrores del régimen. Como resume una estudiante de Historia del Campus Oriente de la Universidad Católica: “Teníamos que hacer algo. Había que estar.” (María José Cot, en adelante “María José”⁹)

La identificación entre las mujeres y la no violencia fue un fenómeno parcial y que no abarca ni todas las experiencias de las mujeres que participaron en la no violencia activa, ni excluye a los hombres de esta forma de lucha. Y viceversa, para los hombres la identificación con la lucha violenta, e incluso armada, no fue automática ni generalizada, ni tampoco excluyó a las mujeres de este medio. Sin embargo, efectivamente participaron más hombres que mujeres en el enfrentamiento violento a la dictadura, y existieron también grupos de no violencia formados exclusiva – o principalmente – por mujeres.

Para el caso de los hombres y mujeres que optaron por la lucha frontal y violenta – desde la violencia callejera hasta la participación en aparatos militares clandestinos –, se formó un imaginario militar que al parecer no necesariamente estaba asociado tanto a lo masculino como a la idea de fuerza y destreza física. Como dice un entrevistado, militante de la Izquierda Cristiana, “yo creo que el partido que efectivamente tenía tareas así como con militantes hombres y mujeres fue el Partido Comunista. La *jota* era una máquina de miles de personas, y trabajaban mucho, las

⁹ María José Cot participó de las protestas desde el ámbito universitario en la década de 1980. No tenía una militancia política.

mujeres igual que los hombres, en las marchas, en las barricadas. En espacios estudiantiles, más que en las poblaciones. Hacíamos trabajos voluntarios y ellos se levantaban en la mañana, hacían ejercicio, corrían por el cerro.” (Pedro) Cabe preguntarse, eso sí, si el componente militar o miliciano estaba influenciado por lógicas patriarcales y hasta qué punto, pero eso escapa a la temática de este trabajo.

Por otra parte, para el caso de los hombres y mujeres que participaron masivamente de manifestaciones no violentas contra la dictadura, hay dos ideas que se repiten. La primera es que enfrentarse a la dictadura debía implicar una superioridad moral frente a ésta, y rechazar la violencia (María José). Esto se traducía en el lema de “manos limpias”, que se materializaba en el gesto de mostrar las palmas hacia el frente al enfrentarse a la represión o al estar prisionero. Para Carmen, esto estaba muy relacionado con las mujeres:

Pa’ mí es súper simple: cuando tú te enfrentas a un batallón de pacos vestidos de *cylones** ¿Cuál es la actitud? ¿Defenderse o quedarse paradas? Entonces la mujer optaba por quedarse parada, quieta. No estoy haciendo nada, ‘tenemos las manos limpias’. Entonces pégame. Eso es más fuerte, en ese minuto, que los cabros que andan encapuchados en las protestas quemando letreros por decirte, o rompiendo vidrios, porque el paco tiene el motivo. (Carmen)

No obstante, como dijimos, esta generalización no es necesariamente válida para todas las mujeres ni mucho menos, puesto que, por ejemplo, para Angélica la no violencia era cuestionada en términos de su efectividad o de su factibilidad. Menciona respecto al MCTSA: “Yo nunca fui. Pese a que soy católica y bien tranquila. Tenía tanta rabia en ese tiempo, que encontraba que [la protesta del MCTSA] era válida, pero no para mí. Encontraba que había que dejar la caga’ nomas. Y al Sebastián Acevedo se los llevaban al tiro presos.” (Angélica) Lo que sí es generalizable es la sensación de particular miedo que sentían las mujeres al decidir participar de una protesta y exponerse a la represión: “Las mujeres tenían más miedo para participar en las protestas, yo creo, que los hombres. Porque igual las mujeres contaban que no sólo las torturaban, sino también las violaban. Y eso era súper fuerte.” (Angélica)

Este problema es abordado en distintos contextos y tiempos, debido a la asociación simbólica de mujer y pacifismo, por un lado, y de hombre y violencia o fuerza, por el otro. Olwen Hufton (1992) trata el problema para un episodio de la Revolución francesa, en 1789, en que las mujeres de París marcharon hacia la Asamblea Nacional y protagonizaron una manifestación no violenta contra la monarquía, esforzándose por dejar fuera a los hombres, pero manteniendo su ausencia como amenaza. El autor avanza la interpretación siguiente: “las mujeres estaban intentando una forma particular de manifestación que los hombres podrían haber arruinado, una manifestación que era no-violenta o de violencia limitada (...) si sus exigencias pacíficas no eran aceptadas, las seguiría una manifestación diferente. Sus armas eran simbólicas.” (p. 14).

Resguardando las diferencias de época y contexto, hay en este análisis algo similar a la idea que permanecía en la sociedad chilena de que las mujeres *simbolizaban* lo no violento, por su menor fuerza física. Quizás valiéndose de esta misma creencia es que algunas mujeres construyeron un rol pacifista frente a la brutalidad de la dictadura; quizás otras se relacionaron con la no violencia desde la idea de la inviabilidad de la lucha armada. Lo cierto es que se mezclaban en la manifestación distintos factores de la vida de las personas, como el género y la

clase social, junto con las ideas e interpretaciones relativas a la lucha anti-dictatorial, generando una interacción compleja entre ideas, discursos y prácticas.

Como último elemento, y como ya se sugería a lo largo de este artículo, existieron organizaciones separadas por género que se planteaban como contrarias a la dictadura. Si bien existían muchos grupos masculinos de oposición, éstos no eran conformados como tales para separar a ambos sexos, sino que se daban a partir de otros aspectos, que igualmente podían provenir de prácticas derivadas del patriarcado, como lo era, evidentemente, la alta masculinización de los partidos políticos en general, y también la acción de sindicatos en trabajos altamente masculinizados, como la construcción o la minería. Por esta razón, la gran mayoría de organizaciones específicamente segregadas por género eran las que agrupaban a las mujeres opositoras.

Un caso que se ha convertido en paradigmático del estudio de las mujeres en las dictaduras latinoamericanas son las agrupaciones de familiares de víctimas. A este respecto, comúnmente se ha supuesto que, dado que la mayoría de los asesinados y desaparecidos eran hombres, fueron sus familiares directas mujeres las que lideraron los movimientos de defensa de los DD.HH.. Sin embargo, a raíz de las entrevistas, pareciera ser que esto es efectivo para las organizaciones de familiares de detenidos-desaparecidos o ejecutados políticos, pero no para la mayor parte de la gente, a la que le hacía mucho sentido la lucha contra las violaciones a los DD.HH. porque estaban siendo víctimas del terrorismo de Estado, y no necesariamente porque éstos fueran sus hombres o sus familiares en general. (María José) (Cf. Randall, 1999, p. 60)



Imagen 6: Manifestación de familiares de presos políticos y detenidos desaparecidos. Mayoritariamente mujeres. Cartel: “No a la ley antiterrorista”, 1984.

De todas maneras, es claro que tanto los crímenes cometidos por los regímenes militares, como la crisis económica generaron un descontento movilizador entre las personas, produciendo inquietudes que se canalizaron a través de diversas maneras, una de las cuales fueron las organizaciones segregadas. Una de éstas fue Mujeres por la Vida. Creada en 1983 desde un núcleo de unas 15 mujeres que militaban desde la Democracia Cristiana hasta el Partido Comunista, creció en número y en diversidad política para generar una forma distinta de hacer política y hacer un gesto de unidad que, a su juicio, los hombres de los partidos de la oposición no estaban haciendo. Una entrevistada, participante del movimiento señala:

Las mujeres decidimos formar una agrupación con mujeres de todas las tendencias políticas [...] E hicimos un gran acto, primero en el teatro Cariola y después en el Caupolicán, el *mujerazo* que se llamó. Para demostrar que queríamos la unidad, para enfrentar al gobierno. (Carmen)

Además, como señala Isabel Gross (2015), Mujeres por la Vida relacionaba explícitamente la condición de mujer-madre y la preocupación por la vida. Uno de sus lemas era: “Porque damos la vida, la defenderemos”, lo que las relacionaba directamente con las víctimas humanitarias y económicas del régimen. Señala Gross: “En ‘Las mujeres al pueblo de Chile’—una declaración escrita alrededor de 1986—la organización empieza una lista de demandas con la afirmación que ‘cada hora es asesinado un estudiante o muere por falta de alimento o medicamento uno de nuestros niños’.” (p. 11)¹⁰

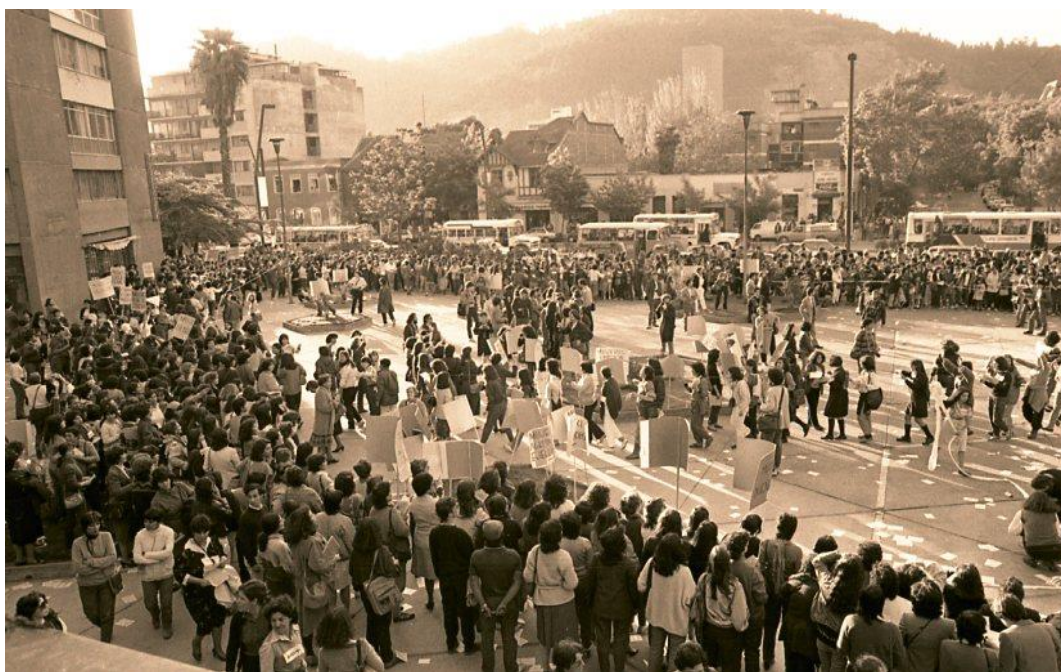


Imagen 7: Manifestación masiva Mujeres por la Vida, Torres Carlos Antúnez. 1985.

¹⁰ Las cursivas son mías.

Es interesante la discusión respecto de las mujeres como madres-educadoras, dado que por una parte, se ha considerado que ciertas organizaciones de mujeres se posicionaron en el espacio público, pero no cuestionaron su rol de madres; mientras que por otra, hay estudios que resaltan la politización de ese rol de madres dentro de la sociedad. Desde la perspectiva feminista, la asignación de un rol social al cuerpo sexuado es una construcción opresiva, puesto que produce prácticas que hacen que “las desigualdades de género se deriven del poder de los hombres *sobre* las mujeres, no meramente de las diferencias entre lo que hacen hombres y mujeres” (Tinsman, 2009, p. 20). Pero es cierto también que esos roles dieron el empuje a que muchas mujeres salieran a la calle a enfrentar a las dictaduras militares en América Latina, usando su rol de mujeres madres para exigir a los gobiernos militares el fin de las violaciones a los DD.HH. y su rol como sostenedoras de los hogares para denunciar la precariedad económica provocada y exigir ayuda.

Temma Kaplan (2004) señala que como educadoras mayoritarias en las sociedades, las mujeres “enseñan a los niños el género y la vergüenza”, lo que le “otorga a las mujeres mayores un enorme poder moral y provee a los jóvenes de ambos sexos la autoridad para exigir cuentas a sus gobiernos por los valores que proclaman tener” (p. 8). Ejemplos como las Madres de la Plaza de Mayo o las mayoritariamente femeninas agrupaciones de familiares de víctimas del terrorismo de Estado en todo el continente, muestran el poder simbólico del rol de mujer-madre frente a las atrocidades cometidas por dictaduras que se auto-proclamaban regímenes defensores de la familia, la paz y la tradición. Las mujeres avergonzaban a los militares en tanto ellas eran las portadoras *legítimas* de aquellos valores que se violaban constantemente.

Entonces, por una parte, está el reflejo de la idea de la mujer como madre, tan extendida en la sociedad latinoamericana de ese momento, haciendo de la reproducción y crianza de los hijos el único nexo con el espacio público, pero que era un nexo susceptible de politización efectiva entre las mujeres. Mientras, por otra parte, el gesto de crear una organización femenina también va dirigido a la insuficiencia de la voluntad política de los dirigentes hombres de los partidos, lo cual podría interpretarse como la idea de avergonzar a los hombres por la poca capacidad que tendrían para realizar un gesto político importante. Avergonzarlos, puesto que fueron las mujeres – supuestas como menos capaces en el ámbito político masculino – quienes daban el paso hacia la unidad; pero también avergonzar al régimen militar desde su categoría de madres-educadoras (frente a las violaciones a los DD.HH.) y de sostenedoras de hogares (frente a la crisis económica). En este sentido, quizás deberíamos interpretar a este tipo de organizaciones poniendo énfasis en su diversidad interna al ser un referente sin mayores definiciones que ser femenino y de oposición a la dictadura.

Es importante añadir la importancia que tomó el día internacional de la mujer para la manifestación en contra de la dictadura, congregando a muchas personas – la mayoría mujeres, pero también hombres – para reivindicar derechos propios de las mujeres en general, y en particular de las mujeres víctimas del terrorismo de Estado. En este sentido, grupos como Mujeres por la Vida y el MCTSA resaltaron muchas veces la figura de la mujer víctima de las violaciones a los DD.HH.



Imagen 8: Manifestación en el Día de la Mujer.
Cartel: “‘85-’86-’87 Más de 80 mujeres secuestradas por la dictadura”, 8 de marzo 1988.



Imagen 9: Manifestación en el Día de la Mujer. Cartel: “Homenaje a las mujeres torturadas por la dictadura” MCTSA, 8 de marzo 1988.

Como conclusión, podemos decir que durante las protestas contra la dictadura cívico-militar se crearon roles de género tanto para hombres como para mujeres. En esta configuración eran importantes las ideas tradicionales sobre el género, que otorgaban a los hombres el rol de proveedores del hogar y a las mujeres el de administradoras de este espacio privado, pero también las prácticas que se configuraron debido a la experiencia del capitalismo neoliberal implantado en Chile y de la crisis de 1982. El desempleo hizo que el rol de proveedor de los hombres, por un lado, tuviera que ser cuestionado, generando la salida masiva de mujeres al trabajo. Como señala Ximena Valdés (2017), en el campo el modelo agroexportador de la contrarreforma terminó con la división sexual del trabajo y feminizó la fuerza laboral, haciendo de mujeres e inmigrantes los nuevos precarizados del ámbito proletario rural. Por este motivo es que la organización popular que buscaba resolver problemas económicos concretos de las comunidades estaba conformada por mujeres que necesitaban apoyarse unas a otras para “parar la olla”; mientras, el hombre tenía un impedimento importante para la organización, el hecho de tener que buscar trabajo o mantenerlo si lo tenía, por lo que no pasaba el día en la población, ni podía arriesgarse a realizar actividad política en su espacio de trabajo.

En la participación en las manifestaciones públicas de oposición al régimen no se evidenciaron diferencias entre hombres y mujeres, siendo, en general, lo más relevante la idea de que debía haber la mayor cantidad de gente, para demostrar, como decía Mujeres por la Vida, que “Somos +”. Sí se evidenció que, a pesar de que la gran mayoría de dirigentes seguían siendo hombres, hubo una fuerte participación de las mujeres en las dirigencias estudiantiles, secundarias y universitarias, lo que significó un ejemplo de valor para otras mujeres de la oposición, como aseguran todos los entrevistados (Pedro, María José, Carmen, Angélica). En palabras de Angélica: “siempre las admiré hartito, porque firmar una carta, salir con tu cara públicamente o tu nombre públicamente en esa época era peligroso.”

En el proceso de politización que llevó al enfrentamiento abierto con el régimen es donde las mujeres se destacaron por sobre los hombres, por su amplia participación en espacios poblacionales y voluntarios de solidaridad. Una vez puestas en juego todas las condiciones materiales y discursivas ya mencionadas, la mujer se constituyó en un sujeto precarizado pero libre, activa en labores no formales ni reguladas por el poder, aprovechando para desarrollar un trabajo de construcción social y política en sus espacios comunes para hacer frente a la crisis económica y humanitaria.

Respecto a las tareas de protesta en sí, las fuentes permiten decir, como ya se ha presentado a lo largo del trabajo, que en la preparación de la protesta eran hombres y mujeres los que participaban, destacando las mujeres vecinas del territorio en la ayuda logística, pero que el enfrentamiento directo con la fuerza policial fue principalmente ejecutado por hombres. Esta conclusión general debe ser matizada, introduciendo la variable de la militancia política, ya que las fuentes muestran que, en ciertos partidos, como el comunista y alguna facción del socialista, las mujeres realizaban un trabajo muy a la par con sus compañeros varones.

Finalmente, si bien la asociación entre los hombres y la violencia callejera o insurreccional parece ser más o menos clara – sin excluir a las mujeres de esta actividad ni excluir a los hombres de otros espacios –, es necesario decir que la identificación de las mujeres con la no violencia no se puede establecer a partir de las fuentes, pareciendo haber participación femenina y masculina en ambas formas de lucha. Existieron, eso sí, imaginarios que vinculaban a las mujeres con la idea de vida, de paz y de no violencia, ahondando a veces en su condición de madres, pero

también en la idea de no rebajarse a la violencia del régimen. Sin embargo, no se ha podido establecer hasta qué punto esto era compartido por muchos hombres, y, por tanto, dónde estaba la diferencia, si es que la había, entre los hombres y las mujeres no violentos. En este sentido, es interesante el nexo que se pudo hacer entre la organización de Mujeres por la Vida y las ideas de paz y no violencia, pero la profundización de ese tópico y la integración de más organizaciones propias de mujeres, así como de las que eran propias de hombres – segregadas a propósito o no – quedan como preguntas abiertas para futuras investigaciones.

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación no habría sido posible sin el apoyo de Brandi Townsend, mi profesora guía de la monografía “Género y sexualidad en revoluciones y dictaduras latinoamericanas”, y su generoso aporte de ideas, bibliografía y fuentes; Catalina Tapia, encargada del Centro Documental de la Fundación Vicaría de la Solidaridad; mis entrevistados, y especialmente la familia Ramírez Hernández, que me recibió en su casa y aportó enormemente al proceso de investigación; y a todos los que leyeron y relevaron el escrito para darme su opinión, sobre todo mi madre – y editora –, Margarita.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes documentales:

Izquierda Cristiana. *Revista Liberación*

Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM), *Boletín Vamos Mujer*

Fuentes orales:

Pedro Ramírez, militante de la Izquierda Cristiana. Santiago, 24 de abril de 2017.

María José Cot, estudiante de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile en la década de 1980. Macul, 25 de septiembre de 2017.

Angélica Hernández, participante de talleres populares y manifestaciones contra la dictadura. Buin 15 de octubre de 2017.

Pedro Ramírez y Angélica Hernández. Entrevista conjunta, Buin, 14 de octubre de 2017.

Carmen Gloria Briceño, militante de la Democracia Cristiana. Ñuñoa, 16 de noviembre de 2017.

Fuentes iconográficas y audiovisuales:

Centro Documental Fundación Vicaría de la Solidaridad (CDFVS), Fondo Archivo Fotográfico.

Bustos, P. y Leiva, J. (directores) y Betancourt, M. (productora). (2004). *Actores secundarios* [cinta cinematográfica], Chile: Enseñanza Media, DVD.

Largo, E. (directora) y Qüense, V. (productora). (2006). *Calles caminadas* [cinta cinematográfica], Chile: Youtube, HTML. Disponible en <http://bibliotecadigital.indh.cl/handle/123456789/572>

Bibliografía secundaria:

Bravo, V. (2012). “Neoliberalismo, protesta popular y transición en Chile, 1973-1989”, *Política y Cultura*, n° 37.

(2017). *Piedras, barricadas, cacerolas: las jornadas nacionales de protesta, Chile 1983-1986*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Chuchryk, P. (1994). “From Dictatorship to Democracy: the women’s Movement in Chile, En: Jaquette, J. (ed.) *The women’s movement in Latin America. Participation and democracy*. Boulder, San Francisco y Oxford: Westview Press.

Garcés, A. (2011). *Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986)* (Tesis de pregrado). Universidad de Santiago de Chile. Recuperado de: http://tesis.museodelamemoria.cl/Tesis_PDF/Tesis%20Garces.pdf

Garcés, M., de la Maza, G. (1985). *La explosión de las mayorías. Protesta nacional 1983-1984*. Santiago de Chile: ECO.

Gatica, E. (2017). *Perdiendo el miedo. Organizaciones de subsistencia y la protesta popular en la región metropolitana, 1983-1986*. Valparaíso: Mar y Tierra.

Gaviola, E., Largo, E., Palestro, S. (1994). *Una historia necesaria: mujeres en Chile 1973-1989*. Santiago de Chile: Akí y Aora.

Gross, I. (2015). *Por la vida: Las agrupaciones de mujeres durante la dictadura militar chilena*. Recuperado de http://www.cedocmuseodelamemoria.cl/wp-content/uploads/2015/12/Isabel-Gross_20151.pdf

Huften, O. (1992). *Women and the limits of Citizenship in the French Revolution*. Toronto: Toronto University Press.

Jaquette, J. (1994). “From transition to participation – Women’s movements and democratic politics”, En: Jaquette, J. (ed.) *The women’s movement in Latin America. Participation and democracy*. Boulder, San Francisco y Oxford: Westview Press.

Kaplan, T. (2004). *Taking back the streets. Women, youth and direct democracy*. Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California Press.

Kirkwood, J. (1986). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago de Chile: FLACSO.

Largo, E. (2014). *Calles camindas. Anverso y reverso*. Santiago de Chile: DIBAM.

Molina, N. (1986). *Lo femenino y lo democrático en el Chile de hoy*. Santiago de Chile: Documentas.

Power, M. (1997) “La Unidad Popular y la masculinidad”, En: *La Ventana*, n° 6

Randall, M. (1999). *Las hijas de Sandino. Una historia abierta*. Managua: Anama Ediciones.

Scott, J. (2008). *Género e Historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Tinsman, H. (2009). *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*. Santiago de Chile: LOM.

- Valdés, T., weinstein, M. (1993). *Mujeres que sueñan: Las organizaciones de pobladoras 1973-1989*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Valdés, X. (2017). Charla “La cuestión social y la reforma agraria”, Seminario *Chile, a 50 años de la Reforma Agraria*, Santiago de Chile, 4 de agosto de 2017.
- Weinstein, J. (1989). *Los jóvenes pobladores en las protestas nacionales (1983-1984) Unavisión sociopolítica*. Santiago de Chile: CIDE.